

el día 9 de Marzo. Apenas se supo en la calle lo que acababa de aprobar el congreso, se reunieron pelotones de gente en la plaza, se cerraron todas las puertas de las tiendas con estrépito y comenzó el tumulto.

Los gritos eran: ¡muera el gobierno! ¡muera el traidor Santa-Anna! ¡viva la libertad!

Los diputados pidieron auxilio al gobierno y el gobierno no les hizo caso. Entonces el diputado Chico se subió en su asiento y gritó:

—Pido que D. Jose Justo Corro sea separado inmediatamente de la presidencia por inepto y que se nombre otro con arreglo á la Constitucion de 1824.

Los diputados tuvieron miedo y empezaron á escabullirse teniendo los mas que salirse por las caballerizas de Palacio á la calle de Santa Teresa para no caer en poder de la plebe que permanecia en la plaza y que estaba tratando muy mal á los *catrines* que le parecian diputados.

Los amotinados se dispersaron cuando salió la tropa, pero al retirarse rompieron dos vidrios de los aparadores de dos tiendas francesas que costaron cincuenta mil pesos de indemnizacion.

Así eran las desdichadas tormentas de la política en aquellos tiempos.

CAPITULO XXIII.

LA GUERRA DE LOS PASTELES.

Lo mejor que hizo Santa Anna luego que pudo orientarse en Veracruz de que no le era favorable la opinión pública, fué meterse en baraja, esto es, encerrarse en su hacienda de Manga de Clavo, á jugar gallos, que era su pasion favorita, dejando todos sus ratos de ocio para enredar y desenredar hilos en la política, una vez que siempre estaba rodeado de algunos partidarios, y que tenía establecido al mismo tiempo un cordon de correos á la capital.

Para disminuir el alto prestigio con que contaba, no solo habia contribuido su conducta pública, respecto de la cual era acusado de traicion á la patria y de cobardía, sino su conducta privada; sobre la cual circulaban varias historias nada edificantes.

Habia llegado á México un tal Arce que era uno de los tipos que lo acompañaban con mas asiduidad,

en sus correrías, y este refería con el mayor aplomo, por no decir con la mas grande desvergüenza, que Santa Anna se había enamorado de una bella jóven de familia distinguida en San Antonio de Béjar. Santa Anna se había casado ya en primeras nupcias en la Provincia de Veracruz con una joven llamada tambien Ines como su primera novia; pero en San Antonio negó á pié juntillas que estuviera casado, y como ocupaba una posicion deslumbradora facilmente comprometió á la texana á que se casara con él, único medio que había para poseerla. Pero ¿como resolver la dificultad sin cometer el delito de bigamia? El mismo Arce fué quien le sugirió una manera que le pareció ingeniosa:

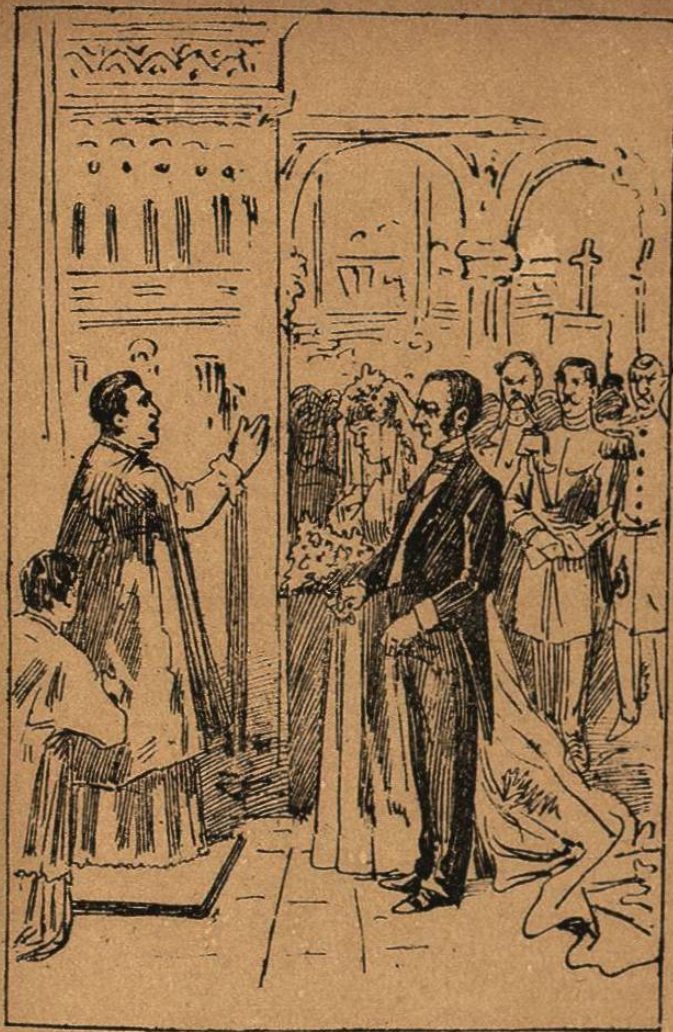
—A mí no me conoce la familia, le dijo, me vistó de padre, soy presentado como capellan del Ejército, y yo los caso, echándoles unos cuantos latinajos.

Santa Anna vaciló al principio, pensando en las consecuencias, pero como no había otro medio, convino en que se hiciera la farsa, y se simuló el casamiento.

El individuo que se disfrazó de capellan, fué conocido desde entonces, hasta que se murió en la época del gobierno de Juarez, con el apodo de "el Padre Arce."

Esto se supo por todas partes, y produjo en la época un grandísimo escándalo, costando á los partidarios de Santa Anna reñidas luchas para quitarle de encima el anatema universal.

LEYENDAS HISTORICAS.



.....y se simuló el casamiento

Dejemos por de pronto al general ex-Presidente, jugando gallos para consolarse de sus fracasos, y vamos á ver lo que pasaba al gobierno centralista de Bustamante con las reclamaciones francesas.

Una escuadra se había presentado en Veracruz, según las primeras versiones, para reclamar el valor de unos pasteles que se habían comido los soldados santanistas en un amasijo frances.

El pastelero era de Tacubaya, allí se habían comido los milicianos unos 6 pesos de malos pasteles, y aquel no hizo mas que agregar al 6 unos cuantos ceros para hacer una reclamación de \$60,000. A su ejemplo otro reclamante pidió 30,000 pesos por unos vidrios que le rompieron en un motín, y así, sucesivamente, fueron presentándose reclamaciones que parecieron de pronto risibles, hasta que de formalidad los ministros diplomáticos amenazaron, y de las amenazas se vino á concluir con la presentación de una escuadra en forma, que exigía el pago de mas de medio millon de pesos.

Como se comprende muy bien, los negocios en México se habían paralizado, y una muchedumbre de gente se veía á todas horas, así en los corredores de Palacio, como frente á las puertas, inquirendo noticias, las cuales menudeaban de un modo alarmante. Los unos recojían voces sueltas, los otros esperaban á que se repartieran los impresos, y muchos que tenían diputados conocidos acechaban su salida de las sesiones para hacerles preguntas.

Habían pasado ocho meses de angustias desde que el baron Deffaudis mandó su *ultimatum*, no para el

gobierno centralista de Bustamante, que permanecía indiferente ó perplejo ante los graves acontecimientos que se desarrollaban, sino para los patriotas mexicanos, que con los alientos deseaban que se dictaran providencias eficaces en punto á la defensa nacional, pues que desde el 15 de Abril había comenzado el bloqueo de los puertos, cuando una mañana se notó un movimiento inusitado en Palacio. Los Ministros abandonando su habitual apatía, entraban y salían á la Presidencia, ó se dirigían al Congreso con papeles, y hasta en los puestos militares se observaba que los oficiales se desperezaban, aguzaban el oído y abrían los ojos mirando para arriba con aire desazonado.

Al dirigirse Payno para el Ministerio de la Guerra, le salieron varios amigos al encuentro, preguntándole:

—¿Qué pasa?

Payno, casi sin detenerse, les contestó:

—Pasa que mañana llega aquí M. Le Roy.

—¿Y quién es Mr. Le Roy?

—Es un oficial de Marina enviado con pliegos de Mr. Carlos Baudin.

—¿Y quién es Mr. Carlos Baudin?

—Es el contra-almirante de la escuadra francesa que ha llegado á Veracruz á tomar la dirección de las operaciones.

—¡Canastos.....! ¿De modo que ahora, sí.....?

—Puede ser que traiga grandes pretensiones, pue-

de ser que venga con miras hostiles; pero puede ser también que presente las bases de un arreglo

Y sin querer explicarse más, desapareció.

La llegada de Mr. Le Roy, fué como una explosión: y sin embargo, solo vino á notificar que Mr. Baudin había llegado investido con plenos poderes de su gobierno, y que deseaba conferenciar con algun otro plenipotenciario.

Violentamente esto es, á los catorce días salió para Jalapa Don Luis Gonzaga Cuevas, que era el *factotum* de Bustamante, y se encontró con que Mr. Baudin tenía exigencias exorbitantes.

Quería nada menos que los franceses residentes en el país no tuvieran carga alguna en los servicios públicos y todas las libertades y garantías para su comercio y negocios, que fueran puntualmente pagados sus créditos reconocidos, y que además en el término de 30 días se entregaran ochocientos mil pesos para la Francia; que se satisficieran también los gastos que el gobierno francés había hecho para la guerra; que se castigara á los funcionarios militares y civiles contra quienes hubiera quejas de los franceses perjudicados, y otras bagatelas semejantes.

Incidente notable. El general Manuel Rincon mandaba las tropas mexicanas y era el jefe de la defensa. El Jefe de San Juan de Ulúa le mandó pedir permiso para hacer fuego sobre la escuadra, porque estaba aproximándose de tal modo, que pronto quedaria á cubierto de las baterías, y ya no podria hacersele daño, El general Rincon contestó:

"El jefe de la fortaleza se cuidará de hacer fuego sobre los buques enemigos, mientras no rompan los suyos, principalmente porque todavía se encuentran los parlamentarios mexicanos á bordo de la capitana."

En efecto, los oficiales Valle y Diaz, porta-pliegos del gobierno, se encontraban á bordo de la *Nereida*, la cual, lo mismo que los otros buques, continuaron maniobrando tranquilamente.

Felozía semejante, que no debía haber tolerado el general Rincon, aunque hubieran estado veinte parlamentarios en los buques de guerra enemigos, produjo fatales consecuencias. Salvada la principal dificultad, que era la de la aproximacion al castillo, sin pérdida ninguna por parte de la escuadra francesa, y colocada ésta en puntos en que ya no podría recibir el menor daño, pudo dar principio al bombardeo, casi impunemente.

El general Don Antonio Gaona, comandante del castillo de San Juan de Ulúa, que fué la principal víctima destinada al sacrificio por aquel gobierno conservador, malo, como todos los gobiernos conservadores que ha habido en el país, dijo, en el parte que rindió de tan triste jornada: que dos causas habian concurrido, muy desfavorables, para la defensa del castillo: la una, que siempre habia estado manifestando que las piezas del fuerte se encontraban en muy mal estado, sin que le hicieran caso; y otra, que se hubiera dejado situar á los buques enemigos frente á los ángulos de las obras inutilizando al castillo en su mayor extension, por lo que, aunque la defensa fuera honrosa, no podia dar gloria á las armas de la República."

Así sucedió en efecto: el fuego enemigo comenzó cuando apenas se desprendió de la capitana la lancha que llevaba á los parlamentarios mexicanos á Veracruz en medio de las balas, y desde las dos y media de la tarde, hasta las seis y media de la misma, el bombardeo fué arrasante, de tal modo, que quedaron inutilizados los cañones servibles de la fortaleza y fuera de combate todos los artilleros y gran número de oficiales y tropa, siguiendo todavía, aunque mas flojo, hasta los tres cuartos para las siete, en que se solicitó la suspension de las hostilidades.

El general Santa Anna que hasta entonces habia estado de simple espectador del bloqueo en su hacienda de Manga de Clavo, y que no podia ver que se desarrollaran tan ruidosos acontecimientos sin mezclarse en ellos, corrió, luego que oyó el cañoneo, á presentarse á Rincon, y éste lo comisionó para que fuera á cerciorarse del estado que guardaba el castillo. No era cosa tan fácil, atravesar una legua de mar por entre la metralla; pero Santa Anna era intrépido cuando queria, tanto mas, cuanto que el fuego casi llegó á extinguirse cuando él iba en el agua, y logró llegar á la fortaleza sano y salvo. Allí pudo dar fé de que todo se habia ya perdido, puesto que las piezas estaban desmontadas y no habia cureñas de refaccion, las municiones eran escasas, los artilleros habian acabado, dos repuestos de parque habian sido volados, las obras principales estaban destruidas, tres gefes, trece oficiales y 213 soldados fuera de combate, de manera que no se podia pedir mayor sacrificio á la guarnicion

prolongando una defensa inútil, de todo lo cual se levantó una acta, quedando autorizado Gaona para firmar una capitulación honrosa. Este valiente jefe exclamó luego:

—Señores, si alguno cree que todavía estamos en posibilidad de seguir defendiendo la fortaleza, yo me pongo á sus órdenes para combatir.

Todos convinieron en que era una temeridad pelear mas, y la capitulación se firmó. Conforme á ella el castillo seria entregado á los franceses á las doce del día del 28 de Noviembre de 1838, saliendo la guarnición con los honores de la guerra. A las dos de la tarde todos los buques franceses que habia en la bahía saludaron su pabellon, que fué izado en esos momentos en las torres de Ulúa.

Sin pérdida de tiempo la escuadra francesa, compuesta de nueve buques y algunas fragatas, corbetas y bombarderas, formó en línea frente á Veracruz, amenazando con reducir á escombros la ciudad si no capitulaba, y Rincon, aconsejado por Santa Anna, que dominó en la junta de guerra, tuvo tambien que capitular. A la vez el mismo Santa Anna escribía al Ministro de la Guerra, pidiéndole que tal capitulación no se aprobara, como de hecho no se aprobó, y que se utilizaran sus servicios en la guerra.

Entonces el gobierno depuso á Rincon, sometiéndolo á juicio, y nombró general en jefe á Santa Anna.

—Heme aquí otra vez en juego y en camino de la Presidencia, dijo este á sus amigos, lleno de gusto.

Por la noche llegó el general Arista, quien estando

gravemente enemistado con Santa Anna, le dijo con sequedad:

—Vengo á ponerme á las órdenes de V. E., según lo dispuesto por el gobierno.

—Deme un abrazo, general, le contestó Santa Anna: ante el peligro de la patria debemos deponer todo resentimiento. Con gusto seria yo el que me pusiera á sus órdenes, si no fuera porque el peligro es inminente y podrian trastornarse las operaciones.

Despues de contentarlo con otras frases melosas, le dijo cuáles eran las medidas que habia dictado para la defensa de la plaza contra el invasor, encareciéndole mucho que sus tropas redoblaran las marchas para formar un ejército respetable.

Hasta horas avanzadas de la noche estuvieron charlando y luego se pusieron á dormir á pierna suelta en el mismo alojamiento.

¡Oh imprevision militar de aquellos generales! A las cinco de la mañana fueron despertados por los mismos franceses, que habian desembarcado con sigilo é invadido la plaza.

Santa Anna pudo escaparse en paños menores por entre los mismos soldados enemigos que no lo conocieron; pero Arista que tenia el sueño mas pesado ó que no quiso prescindir ni en aquel momento de su carácter de general, cayó prisionero.

Es el caso que Santa Anna creia que estaba dentro de un armisticio porque habia mandado decir á Boudin, que solicitaba una suspension de armas, y fiado

en ello como se fia en un vago deseo, se desnudó y sufrió la gran sorpresa de aquella madrugada.

El general Santa Anna luego que se vió libre corrió á reunir los destacamentos que habia en varios puntos por el rumbo de San Sebastian; pero los franceses que creian haber conseguido su objeto que era apoderarse del comandante de la plaza y destruir algunos cañones, habían tomado el rumbo del muelle y allí se trabó la refriega.

Es preciso advertir que como ignoraban que Arista estuviera en la plaza, creyeron que este era Santa Anna al llevárselo prisionero.

Santa Anna pues, á la cabeza de sus piquetes, atacó á los franceses en el muelle: estos le dispararon una pieza de á ocho que tenian allí cargada de metralla y el gefe mexicano fué herido de un pié y de una mano.

¡Jesus mil veces! Estas heridas no solo salvaron á Santa Anna de la deshonra, sino que fueron su rehabilitacion. Ellas le sirvieron de tema para decir en su bombástico parte que estaba á las orillas del sepulcro, despues de haber conseguido la última de sus gloriosas victorias. Habia rechazado á los franceses á la bayoneta, los habia acribillado, los habia puesto en fuga y en seguida se habia visto precisado á abandonar la plaza de Veracruz destruyendo la artilleria. Aquí hay que advertir que eso solo era lo que se habian propuesto los franceses con su desembarco.

Santa Anna se retiró del mando, le amputaron el

pié y quedó cojo, lo cual dió lugar á que despues le llamaran el Cojo Santa Anna. Tambien aquella hazaña le sirvió para elevarse mas despues.

Y este fué el peor de los resultados que nos trajo la guerra de los pasteles.

CAPITULO XXIV

LOS CUATRO PASTES

Ya se sabe que el gobierno conservador, que re-
 gla entonces, hizo un arreglo de los mas desastrosos
 para donarse de gracia á los franceses, pagando una
 indemnizacion y accediendo á cuanto pedieron de mas.
 Pero sin detenerse en tal serie de calamidades
 llegamos á lo principal de la época, que fué la caida
 de Santa Anna en Mexico el 17 de Febrero del año
 siguiente con la bandera de la division anglofrancesa
 por un pequeño combate que llevó el pomposo
 nombre de "Combate de los Cuatros Pastes", cuyo sentido
 puede ser el siguiente.

Santa Anna habia hecho en Veracruz un viaje desde
 Veracruz, esto es, en brazos de hombres y en licores
 hizo su entrada á la ciudad de Mexico, porque durante
 su estancia en la villa en virtud de que habia
 sido mal recibida la amputacion.

Para el Pajar Viejo llegó la madrugada que